

Las organizaciones piqueteras:
actualización, balance y reflexiones (2002-2004)¹

por Maristella Svampa

Desde que finalizamos la escritura de este libro y su primera edición, apenas ha transcurrido un año y, sin embargo, los cambios y deslizamientos operados en el escenario político argentino nos obligan a realizar una actualización, la que sin duda, por tratarse de procesos en curso, de carácter tan dinámico, siempre será transitoria e incompleta.

Comencemos recordando que el surgimiento de un conjunto de movimientos de desocupados ha sido y es una de las experiencias más ricas y novedosas de la Argentina de la última década. Como hemos visto en este libro, su implantación y reconocimiento en la escena política nacional no fue fácil. En primer lugar, las incipientes organizaciones piqueteras entablaron una relación conflictiva con el gobierno peronista de C.Menem, en muchos casos emergieron de una lucha "cuerpo a cuerpo" contra sus estructuras clienterales locales (entre 1996 y 1999); desarrollaron luego una vertiginosa autonomía durante el gobierno de F. De la Rúa, constituyéndose en este período en un verdadero movimiento social organizado (1999-2001); fueron los protagonistas de las grandes movilizaciones realizadas durante 2002, confirmando de esta manera su centralidad en el escenario político argentino, tanto durante el gobierno provisional de E.Duhalde, como actualmente bajo la gestión de N.Kirchner (2003-).

Ahora bien, siguiendo con nuestra línea de interpretación, en la presente actualización nos preguntaremos por las diferentes dimensiones del movimiento piquetero; esto es, tanto aquellas más visibles -la contienda política con el gobierno-, como también por los aspectos más ocultos, desarrollados en los barrios. Para esto, y proponiendo complementar nuestros análisis anteriores, hemos creído necesario que este relato se iniciara precisamente con una lectura acerca de la significación y el declive del nuevo ciclo de movilización que se abre en diciembre de 2001. Luego de ello, daremos cuenta de la contienda más específicamente política que se desarrolla en la actualidad, a partir de los realineamientos producidos al interior del espacio piquetero. Por otro lado, esta actualización sería sin duda insuficiente si no contemplara un esbozo de interpretación más amplio acerca de las transformaciones actuales del peronismo -y sus relaciones con

las organizaciones piqueteras-, en el nuevo escenario político. Por último, nos proponemos responder también a una serie de cuestionamientos más generales recogidos durante el último año, que incluyen desde aquello que denominamos como la "hipótesis miserabilista" (las supuestas limitaciones políticas del actor movilizado) a la "expectativa gradualista" (los cambios en la economía absorberán al movimiento piquetero), hasta aquellos interrogantes surgidos del impacto que ha tenido internacionalmente la experiencia piquetera en el marco de las luchas contra la globalización neoliberal.

1. Sobre fortalezas y debilidades de los actores en pugna.

"La cuestión del poder está a la orden del día. Esta asamblea se propone la tarea de construir una salida clasista de los trabajadores y el pueblo, reforzando la evolución de las organizaciones que son herramienta para esa lucha por el poder que lleve a una nueva rebelión popular para alumbrar definitivamente el nuevo movimiento histórico que acabará con la explotación del hombre por el hombre". Resolución política de la 2da Asamblea Nacional de Trabajadores, (Bloque Piquetero Nacional, MIJD, Sindicatos clasistas, asambleas populares); 22 y 23 de junio de 2002.

La productividad política de las jornadas de diciembre de 2001 fue enorme. Como nunca, los movimientos sociales aparecieron como portadores de la posibilidad de una nueva institucionalidad, generando una inédita expectativa de renovación política. Esto catapultó al centro de la escena político-social a las agrupaciones piqueteras, cuya consistencia y grado de organización, visible en el trabajo comunitario en los barrios, así como en la capacidad de movilización, contrastaba por momentos, con las dificultades políticas-organizativas del resbaladizo movimiento asambleario, el otro gran protagonista del nuevo ciclo.

En este marco, las organizaciones piqueteras desarrollaron una renovada confianza en la propia capacidad de presión y de movilización masiva en las calles. Sin embargo, el 26 de Junio de 2002 marcó una inflexión importante. Ese día, la centralidad de las organizaciones piqueteras se vio trágicamente confirmada, al concretarse graves hechos de represión en el Puente Pueyrredón, que culminaron con el asesinato de dos piqueteros, más de setenta heridos y doscientos detenidos.² Vista a la distancia, la masacre del Puente Pueyrredón operó efectivamente como una bisagra. Por un lado, el descubrimiento de la

¹ Dicha actualización formó parte de la segunda edición de *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos, 2004.

responsabilidad de las fuerzas represivas en los asesinatos así como las masivas marchas de repudio, terminaron por socavar la imagen del gobierno provisorio, que se vio obligado a llamar a elecciones presidenciales anticipadas. Por otro lado, pese a que el hecho no significó una reorientación del gobierno hacia un tratamiento más legalista de la "cuestión piquetera", de ahí en más, nada pareció detener la capacidad de presión de estas organizaciones. En efecto, luego de estos hechos, la debilidad del gobierno frente a las agrupaciones piqueteras parecía ser de tal magnitud, que la mayor parte de los reclamos llevados a cabo por éstas se veía coronado por el éxito. El aumento de la capacidad de presión potenció, sin duda, la visión de ciertas organizaciones que evaluaban la crisis en términos de situación (pre)revolucionaria y consideraban que el gobierno de Duhalde –el peronismo y el sistema institucional en su conjunto- estaba virtualmente liquidado.³

Sin embargo, la debilidad del gobierno –en todos sus niveles- tuvo, a mediano plazo, ciertas consecuencias que Maquiavelo, gran analista político, hubiese anticipado con justeza. Así, por ejemplo, el hecho de que los planes sociales y la ayuda alimentaria pudieran obtenerse sin grandes costes, por la vía de la acción directa (cortes, escraches, acampes, bloqueos a edificios públicos y a residencias particulares de los funcionarios), tomó a cualquier grupo en rival poderoso, sin importar que éste fuera grande o minúsculo, de larga trayectoria o de reciente formación. De esta manera, el espacio piquetero comenzó a expandirse de manera incontrolada.⁴ Así, pese a que existían importantes instancias de coordinación (la quietud del eje matancero contrastaba con la permanente movilización del Bloque Piquetero Nacional), esta estrategia favoreció la fragmentación organizacional, que se hizo a todas luces efectiva durante el año 2003, cuando todos los grupos, casi sin excepción, sufrieron grandes divisiones.

² Véase sobre el tema la excelente investigación realizada por los MTDs Anibal Verón, 2003.

³ La masacre del Puente Pueyrredón constituye una inflexión desde varios puntos de vista. Pues si por un lado, aumentó la capacidad de presión de los grupos piqueteros; por el otro, produjo un efecto de desmovilización (A.Grimson: 2004), ligado más al impacto de la represión que a la expectativa abierta por el llamado a elecciones presidenciales. Al mismo tiempo, durante el segundo semestre de 2002 comenzó a advertirse una baja en las protestas, luego del pico de efervescencia registrado en enero-febrero. Así, paradójicamente, a medida que el clima de efervescencia se diluía y las movilizaciones decrecían, la capacidad de presión de las organizaciones piqueteras sobre el gobierno iba en aumento. La respuesta concesiva del Estado era tal (en sus diferentes jurisdicciones: nación, provincia y ciudad de Buenos Aires), que además se solicitaba a los grupos piqueteros que no divulgaran ante la prensa los acuerdos realizados, para no deteriorar aún más la credibilidad oficial.

Por último, la debilidad del gobierno nacional era relativa. La pérdida de poder adquisitivo, luego de la devaluación, fue sin duda enorme y repercutió sobre los sectores más vulnerables. Sin embargo, lejos de caer en una espiral hiperinflacionaria, como habían augurado tantos economistas del establishment, hacia fin de 2002, el gobierno había logrado una importante mejora en el control de los indicadores macroeconómicos.

2-La demanda de "normalidad institucional"

"Convocamos al trabajo, al esfuerzo, a la creatividad, para que nos hagamos cargo de nuestro futuro, para que concretemos los cambios necesarios para forjar un país en serio, un país normal, con esperanza y con optimismo./.../ De nuestra generación, que puso todo y dejó todo, pensando en un país de iguales. Porque yo sé y estoy convencido que en esta simbiosis histórica vamos a encontrar el país que nos merecemos los argentinos. Vengo a proponerles un sueño, quiero una Argentina unida. Quiero una Argentina normal. Quiero que seamos un país serio."
"N.Kirchner, discurso de asunción, 25/05/2003"

Podrán aventurarse diferentes hipótesis e interpretaciones sobre lo ocurrido en aquel año extraordinario que fue 2002, marcado por una cierta resonancia entre clases medias movilizadas y sectores populares organizados. Podrá analizarse una y mil veces la manera en como las asambleas barriales surgidas sobre todo en la Capital Federal comenzaron a declinar, atrapadas en una lógica de confrontación entre las tendencias autonomistas y las presiones de los partidos de izquierda por hegemonizar el proceso. Pero lo cierto es que los actores movilizadas, asambleístas y piqueteros, no lograron dotar de contenidos precisos a las demandas de creación de una nueva institucionalidad que partía de la sociedad. Con el correr de los meses, esa percepción intensa de la temporalidad que había abierto paso a una nueva situación, y era alimentada por la esperanza de un cambio mayor, se vio comprimida y reducida a una perspectiva más bien cortoplazista de la política, lo cual sin duda tuvo consecuencias importantes tanto en el estilo de construcción como la lógica de acción de las organizaciones. Esta perspectiva fue ilustrada muy especialmente por ciertos grupos dependientes de los partidos de izquierda, que desarrollaron una retórica triunfalista, sin advertir que la apelación a un nuevo levantamiento insurreccional ("Por un nuevo argentinazo"), como ya había sucedido con la

⁴ Este proceso se vio facilitado por la ausencia de reglas a partir de las cuales definir la membresía y la legitimidad dentro del heterogéneo espacio piquetero, agravado luego del fracaso de las dos asambleas nacionales de 2001.

consigna "que se vayan todos", iba paulatinamente vaciándose de sentido y cristalizando en una suerte de pulsión repetitiva.⁵

En realidad, el primer aniversario de aquellas jornadas, todavía recorrido por la fuerza de las consignas ("piquetes más cacerolas"), marcó menos el clímax que el límite y el cierre de la situación extraordinaria. No es casual que poco antes de las elecciones generales, en febrero de 2003, el gobierno realizara una fuerte embestida contra los actores sociales movilizados, que tuvieron por objetivo los desalojos de espacios recuperados por las asambleas barriales, fábricas gestionadas por los trabajadores (Brukman) y el encarcelamiento de conocidos dirigentes piqueteros del interior del país, pertenecientes a la emblemática UTD de Gral Mosconi. Como fuera señalado y denunciado por múltiples organizaciones sociales, estas acciones represivas apuntaban tanto a instalar la idea de que las elecciones generales venían a clausurar un ciclo social y político, así como pretendían borrar las "marcas" visibles de la auto-organización y autogestión de la sociedad.

Lo novedoso era, sin embargo, que esta arremetida del gobierno se realizaba en el marco de una indiferencia cada vez mayor de parte de amplios sectores sociales hacia las movilizaciones. En efecto, desde principios de 2003, el espacio de resonancia abierto entre los movimientos piqueteros y las llamadas clases medias progresistas, comenzó a estrecharse de manera vertiginosa. El año arrancó, pues, con una demanda creciente de "normalidad institucional", que fue ganando las voces incluso de aquellos que unos meses atrás habían acompañado las movilizaciones, exigiendo "que se vayan todos". Así, pese al descrédito de los partidos tradicionales, una suerte de saturación frente a los cortes y manifestaciones callejeras, comenzó a reducir peligrosamente, una vez más, el umbral de tolerancia hacia las protestas sociales. El estado de la opinión pública, volátil, pero siempre atento a la ecuación promesa/resultado, estaba cambiando.

Los resultados de la elección presidencial, en abril de 2003, indicaron un bajo porcentaje de ausentismo y de votos en blanco. Además de ello, dieron cuenta de que aún las bases sociales de aquellas corrientes piqueteras que habían llamado al voto en blanco o "programático", se habían inclinado por los aquellos candidatos menos conservadores

⁵ Esto no significa afirmar que no ha quedado nada de todo aquel período de movilización y efervescencia, como pretenden afirmar apresuradamente algunos analistas. Desde una óptica más modesta y realista, bien puede percibirse que es mucho lo que ha cristalizado en términos de nuevas organizaciones como de consolidación de las ya existentes.

del peronismo, entre ellos, al actual presidente. Por último, aquellos partidos de izquierda que, como las diferentes variantes del trotskismo, combinaron el llamado insurreccional con la estrategia electoral, terminaron cosechando uno de los peores resultados de su historia. En suma, las elecciones presidenciales no sólo colocaron un gran interrogante acerca de la "eficacia" de las intensas movilizaciones de 2002, en su cuestionamiento a la representación política, sino también pusieron de manifiesto, la emergencia de un escenario político amenazado de ahora en más por una suerte de "peronismo infinito", fortalecido esta vez por el colapso de los restantes partidos tradicionales.

Toda gran crisis está recorrida por demandas ambivalentes y hasta contradictorias. Recordemos que luego de la gran crisis hiperinflacionara, en 1989, una doble demanda recorrió la Argentina: por una lado, el llamado populista, que implicaba el pedido de restitución del progreso a las grandes mayorías, por vía de un programa nacional-popular; por el otro, el llamado a la ejecutividad y eficacia, necesarias para enfrentar la crisis e imponer una cierta estabilidad, por encima de sus costos sociales. Así, aunque la campaña electoral de C. Menem se fundó en el llamado populista, finalmente éste construyó una nueva hegemonía que permitió dar cauce a la segunda demanda, sin que le importaran las promesas electorales o la supuesta vocación popular del partido justicialista. Esto fue avalado por una práctica –más que un discurso- que colocó en el centro la "seducción individualista", y permitió montar un modelo de ciudadanía restringido, centrado en la inclusión por el consumo. Pero lo que resulta claro es que la crisis del lazo social, cuya raíz fue más económica y financiera que estrictamente política, tuvo su corolario en una demanda de estabilidad, que recorrería como mandato irrevocable los años '90, invistiendo al modelo de convertibilidad en base y garantía del nuevo pacto social.

La crisis de 2001, a diferencia de aquella de 1989, fue más generalizada, al englobar la totalidad de la vida política, social, económica y hasta cultural. También conllevó una demanda doble y contradictoria: por un lado, implicó un llamado a la creación de una nueva institucionalidad, que priorizaba la auto-organización de lo social a distancia y en detrimento del mundo institucional; por otro lado, transmitía un llamado a la normalidad, que podía leerse como una demanda de intervención estatal (el regreso del Estado) para garantizar el orden, la ejecutividad y la seguridad amenazados y pervertidos en los últimos años.

Finalmente, la exigencia de normalidad se fue imponiendo como corolario, en un marco de invisibilización de los actores movilizados, hasta ir desembocando en una lectura unilateral de lo efectivamente ocurrido. Pronto, demasiado pronto, algunos olvidarían que el año 2002 fue el de la recuperación del protagonismo, de la capacidad de acción, a través del retorno de la política a las calles, para retener sobre todo el recuerdo del caos y del gran cataclismo. Así, aquel año extraordinario logró perder la ambigüedad –y el “aura”- que lo había caracterizado, para reducirse a un sola y posible lectura, perjudicando notoriamente la percepción de los grupos movilizados.

En coincidencia entonces con esta exigencia de normalidad, Kirchner, desde su asunción, buscó encarnar esta nueva expectativa, la de encontrar un principio de estabilidad después del cataclismo vivido. No es extraño que, frente al déficit de legitimidad con el cual fue ungido (solo el 20% de los votos), Kirchner se encaminara a articular aspectos de esta demanda (como aparece explicitado en la consigna “Por un país en serio”), todo ello en un clásico estilo personalista, que vuelve a mostrar la productividad histórica de los giros y las conversiones político-ideológicos del peronismo. Así, la dirección que tomó su gestión lo fue invistiendo de una creciente legitimidad, a partir de gestos políticos cargados de alto valor simbólico: el descabezamiento de las cúpulas militares, la política de derechos humanos respecto del terrorismo de Estado de los ´70, las primeras y tensas negociaciones con el FMI, en fin, la depuración de la corte suprema de Justicia.⁶ Por ello mismo, no es extraño tampoco que para todo un conjunto de las clases medias, los actores sociales movilizados, sobre todo los piqueteros –que cuentan con un suplemento de alteridad, respecto de otros- ingresaran al dominio de “la anomalía”, y comenzaran a ser vistos, más como un efecto perverso de una determinada política económica, antes que como la expresión de nuevas formas de hacer política.

La crisis del modelo de convertibilidad, en diciembre de 2001, hizo posible que vastos sectores sociales comprendieran de golpe, como si fuera una revelación, que la brecha social que se había abierto durante los ´90, era profundamente ilegítima. Este cuestionamiento de la globalización neoliberal, en su versión vernácula, estuvo en la base

⁶ En este sentido, las acciones de Kirchner conllevaron una mejora de la alicaída autoestima nacional. Muchos argentinos consideraron que nuestra imagen en el mundo estaba cambiando, luego de aquel 2002 extraordinario, en el cual la imagen de los saqueos, de los cacerolazos, de los

de la afinidad entre clases medias y piqueteros, víctimas y principales opositores a la misma. En la actualidad, la demanda de normalidad, tiende a naturalizar –y por ende, a legitimar- nuevamente la brecha instalada por el modelo neoliberal. A través de ella, se exige a los actores movilizados el silencio y el retorno a la invisibilidad. En el límite, en nombre de una división entre “los que trabajan”(para *un país en serio*) y “los que no trabajan” (y son *asistidos* por el Estado), se les ordena que vuelvan al barrio y se resignen a ocupar el lugar que les ha tocado en suerte dentro de este modelo, aceptando ser incluidos en tanto excluidos. Todo ello aparece patentizado en un discurso social y periodístico estridente que ha actualizado una cierta lectura cultural-política, que manifiesta un amplio desprecio por lo plebeyo tanto como acentúa el temor a las “clases peligrosas”.

En fin, el cierre de los tiempos “extraordinarios” tuvo su confirmación con el ascenso de Kirchner al gobierno. La recomposición –aunque relativa, precaria y transitoria- del sistema institucional está lejos de dar cuenta de la formación de un nuevo bloque hegemónico. La fragmentación no sólo se advierte en el campo de los movimientos sociales, sino también en el campo del poder, atravesado por serios conflictos de intereses, visibles –entre otras cosas- en las pujas al interior del partido justicialista.

3. Movimientos piqueteros y gobierno de Kirchner. Dimensiones de las relaciones peligrosas.

"Estos movimientos han nacido a la luz de conflictos sociales severos y son emergentes de esa situación y nosotros como decisión del Presidente y estructura política de este Gobierno es atacar la causa no atacar el efecto. La represión es atacar el efecto; atacar la causa es combatir todos y cada uno de los hechos que han motivado esta reacción. Seguramente si acertamos en el remedio desaparecerán todos los grupos que tengan que desaparecer, porque no habrá razón de que existan y los que entiendan que esta es una manera de hacer política recibirán por parte del Estado una muestra de autoridad con el Código Penal en la mano." Conferencia de prensa A. Fernández, Ministro del Interior, noviembre de 2003. (www.presidencia.gov.ar/prensaoficial/bxt_show2)

"El riesgo no está en esas muchedumbres silenciosas, formadas por personas que se mueven como zombies, caminando como autómatas sin dirección, sino en los militantes de cara tapada y con garrotes con púas en las manos. Son soberbios y autoritarios frente al padecimiento

múltiples presidentes, de los martillos golpeando el blindex de los bancos, en fin, la de los niños desnutridos, recorrieran el mundo.

general de la sociedad (Morales Solá, La Nación, "La obsesión del presidente", 26/11/2003).

Como hemos visto a lo largo de este libro, las relaciones que han mantenido los sucesivos gobiernos con los movimientos piqueteros no han recorrido un carril único. Más bien, desde el comienzo éstas han venido combinando diferentes estrategias, que alternan la negociación y la cooptación, con dosis importantes de represión. Así, los mecanismos de negociación fueron institucionalizándose través de la distribución de paquetes de planes sociales y ayuda alimentaria y, más recientemente, de herramientas y subsidios para los proyectos productivos. La negociación, a su vez, fue acompañada por el endurecimiento del contexto represivo –propia de la matriz neoliberal-, visible en el aumento y fortalecimiento de las fuerzas represivas, como lo refleja paradigmáticamente la Gendarmería nacional, que pasó del cuidado de las fronteras, al control y represión de los conflictos sociales provinciales. A su vez, desde 1996 en adelante, dichas estrategias han sido convenientemente acompañadas por una sostenida política de judicialización del conflicto social, tanto a nivel nacional como en las respectivas jurisdicciones provinciales (sobre todo en Neuquén, Salta, Jujuy, Buenos Aires y Río Negro). En la actualidad, la lista de causas suma ya más de 3.000 procesamientos, entre dirigentes y militantes. Casos como el de la UTD de Mosconi, en Salta (y el de su máximo referente, Pepino Fernández, quien tiene hoy 76 causas penales), ilustran de manera emblemática esta forma de acoso judicial y persecución política que ha venido registrándose desde los primeros piquetes.

De manera que, desde el comienzo, todos los gobiernos, sin excepción, en algún momento se orientaron hacia el disciplinamiento del movimiento piquetero, proponiendo una distinción entre una "protesta legítima" y otra "ilegítima", acudiendo sistemáticamente a la judicialización y, en el límite, a la represión de los grupos más movilizados. Así, entre 1996 y 2002, los sucesivos gobiernos intentaron deslegitimar la protesta piquetera asociándola con un "rebrote" de violencia guerrillera o con supuestos "planes conspirativos" para derrocar el gobierno. Pese a ello, estas tentativas tuvieron un alcance limitado y fueron, en muchos casos, desbaratadas por los hechos posteriores y condenadas por gran parte de la sociedad.

Finalmente, un nuevo escenario se abrió con la llegada de Kirchner, cuyos primeros gestos políticos generaron una gran expectativa de parte de amplios sectores sociales, al tiempo que impulsaron una sucesión de realineamientos dentro del diversificado espacio

mpiquetero. Así, pese a que éste se encontró con un movimiento piquetero muy consistente, sobre todo luego de las grandes movilizaciones de 2002, el cambio en la estructura de oportunidades políticas le otorgó un margen de acción bastante diferente al de los gobiernos anteriores.

La política de N. Kirchner consistió en poner en acto, simultáneamente, el abanico de estrategias disponibles para integrar, cooptar, disciplinar y/o aislar al conjunto del movimiento piquetero, discriminando entre las diferentes corrientes y organizaciones. El balance que puede hacerse de su primer año de gestión indica que dichas estrategias han sido transitoriamente "exitosas", tanto en términos de integración e institucionalización de las corrientes afines, como de aislamiento de las corrientes opositoras.⁷ Más aún, pese a que el momento actual registra el índice más alto de desigualdad social de los últimos treinta años,⁸ pese a que la nueva gestión no ha dado muestras de un cambio de rumbo en términos de proyecto socio-económico, pese a que la pobreza y la desocupación continúan afectando a amplias franjas de la sociedad argentina, durante el último año las organizaciones piqueteras han sido cuestionadas en su legitimidad, así como vieron deteriorados sus vínculos con el resto de la sociedad.

La hipótesis de la integración e institucionalización comenzó a perfilarse como una de las tendencias centrales del gobierno de Kirchner, alimentadas por el accionar de ciertas organizaciones sociales que vieron en el nuevo presidente la posibilidad de un retorno a las "fuentes históricas" del justicialismo. Así, más allá de las expectativas sociales, esta apuesta se vincula de manera más profunda con la existencia de determinados grupos muy cercanos al ideario nacional-popular, al interior del cada vez más diversificado espacio piquetero. En efecto, como hemos señalado en el último capítulo de este libro, la constelación piquetera incluye no solo aquellas visiones contestatarias de neto corte anticapitalista sino también un amplio abanico de organizaciones que reenvía

⁷ Resulta preocupante que ciertos análisis reproduzcan acríticamente la categorización empleada por el gobierno y los medios de comunicación, a través de la división entre piqueteros "duros" y piqueteros "blandos". Creemos que como investigadores e intelectuales críticos es necesario dar una mirada no simplificada de los contextos y las organizaciones analizadas. En realidad, no hay piqueteros "duros" ni "blandos", sino diferencias en los diagnósticos políticos, así como en los estilos organizacionales y los objetivos estratégicos.

⁸ Los datos de diciembre de 2003 indican para todo el país que el 10% más rico se queda con el 38% de la torta nacional y gana 31 más veces que el 10% más pobre. Esta brecha se ahonda si hacemos referencia al Conurbano Bonaerense, dondel el 10% más rico se queda con el 44,5% de la riqueza producida y mantiene una distancia de 50 veces con el sector más pobre. Véase Página 12, 28/6/2004.

una fuerte matriz populista; lo cual vuelve a poner en el tapete, una vez más, el peso de la cultura peronista.

Entre estas organizaciones, de fuerte inspiración populista, se encuentra la ya institucionalizada y oficialista FTV, así como la organización Barrios de Pie y varios MTDs, algunos de reciente formación. Dichas agrupaciones reciben hoy un tratamiento privilegiado de parte del gobierno nacional, y han sido beneficiadas por algunos de los nuevos programas sociales, entre ellos, el "Plan Arraigo" y "Manos a la obra", que contempla la construcción de viviendas y el financiamiento de emprendimientos productivos. De manera siempre parcial, hay que mencionar dentro de este grupo a la CCC, que desarrolló una política de acercamiento respecto del gobierno, aunque en los últimos tiempos volvió a insertarse en el arco opositor.⁹

Por último, a la integración y institucionalización hay que sumar la estrategia de control y disciplinamiento, dirigida sobre todo hacia los grupos más movilizados, entre los que se encuentran aquellos que componen el Bloque Piquetero Nacional y el MTD. Dichos grupos desdeñaron la productividad política del peronismo, al tiempo que consideraron – sin matiz alguno- que el gobierno de Kirchner representaba una continuidad con los anteriores. Por otro lado, confiados en el protagonismo que tuvieron durante 2002, tensaron las relaciones con el gobierno y multiplicaron las concentraciones y marchas. A su vez, el gobierno nacional se apoyó en el estado de la opinión pública, fuertemente apuntalado por sectores de derecha, a través de los grandes medios de comunicación, para morigerar y debilitar su capacidad de presión. Para ello, no dudó en alimentar la estigmatización de la protesta –contraponiendo la movilización callejera a la exigencia de "normalidad institucional"-, impulsando así activamente la difusión de una imagen de la democracia, supuestamente "acosada" por las agrupaciones piqueteras. Poco importaba si las declaraciones gubernamentales daban cuenta de un vaivén peligroso que iba de la amenaza de judicialización al reconocimiento de las necesidades de los desocupados, del cuestionamiento de la representatividad de las organizaciones a la afirmación del derecho legítimo a la protesta, de la propuesta de crear una brigada "antipiquetera" a la declaración obsesiva –una y mil veces repetida- que el gobierno nacional no reprimiría. Atravesada por una retórica sarmientina pura y dura, la campaña de invectiva y descalificación verbal tuvo momentos de alto voltaje entre los meses octubre de 2003 y

febrero de 2004. Como nunca, las visiones maniqueas y descalificantes ganaron el lenguaje periodístico y apuntaron a reducir la experiencia piquetera a una metodología de lucha (el piquete), así como multiplicaron los ataques contra las organizaciones, acusándolas de asistencialismo (dependencia en relación al Estado a través de los planes sociales), y hasta de nuevo clientelismo de izquierda.

Las consecuencias de esta política fueron varias: en primer lugar, y más allá de las internas justicialistas, la escalada de violencia verbal creó un contexto de rechazo a la protesta social que generó las condiciones que favorecieron la represión policial llevada a cabo en diferentes lugares del país, como en la ciudad de Neuquén (octubre de 2003), o en la localidad de Mosconi (a través del repetido encarcelamiento de los dirigentes de la UTD), además de los confusos hechos ocurridos en Ledesma (Jujuy), que combinaron el gatillo fácil con la represión política. No es casual tampoco que esta escalada antipiquetera culminara en un atentado ocurrido en la Plaza de Mayo, durante la segunda conmemoración de las jornadas de diciembre, cuando un artefacto explosivo hirió a varios manifestantes. En segundo lugar, al final de esta campaña, el gobierno nacional, apoyado por los grandes medios de comunicación, logró instalar una suerte de sentido común caracterizado por el rechazo a las organizaciones piqueteras, que aparecen definidas ahora como un "problema" y, a la vez, como un "peligro" que amenaza el orden social. En tercer lugar, pese a que el gobierno se había comprometido a tratar- por vía parlamentaria o ejecutiva- la amnistía o nulidad de los procesamientos iniciados por cortes de ruta, apenas entablada la pulseada en las calles, olvidó el proyecto y apostó a la política de manejarse –en palabras del ministro del interior- con el "código penal en la mano". De esta manera, una vez reafirmada la política de la "no-represión abierta", la tendencia a la criminalización del reclamo piquetero sufrió una nueva inflexión, y tomó un fuerte impulso.¹⁰

Bien vale la pena recordar que las nuevas protestas plantearon un conflicto de derechos (entre el derecho a peticionar y el derecho a circular). En este sentido, el poder judicial ha venido desarrollando una política de rechazo de las nuevas formas de protesta, estableciendo juicios muy cuestionables y pronunciándose sin mayor reflexión, en favor

⁹ En el último capítulo hacíamos referencia a la doble matriz de la CCC, en la cual coexisten de manera conflictiva elementos anticapitalistas con elementos populistas.

del derecho de libre circulación (Gargarella: 2003 y 2004, CELS: 2003). Los recientes fallos en contra de la docente Marina Schifrin¹¹, así como el de la Cámara Nacional de Casación (abril de 2004), que tipifica como delito el corte de cualquier vía de tránsito, y califica al piquete como "mecanismo primitivo de pseudo-defensa de sectores e intereses" (*Página 12*, 30/4/2004), no sólo muestra a todas luces una profundización de la tendencia a la criminalización de la protesta social, devenida política de Estado, sino que da cuenta de la dificultad mayor de parte de uno de los poderes constitucionales, -cuyo deber es la defensa de las minorías desfavorecidas y despojadas de derechos-, de comprender las complejas dimensiones de la nueva cuestión social. Más aún, la recurrente judicialización del conflicto piquetero tiende a desdibujar el reclamo esencial de las organizaciones, al reducir la protesta a un tipo de acción (el corte de ruta), obturando la percepción y valoración de aquellas otras dimensiones que constituyen a la experiencia piquetera.

Ahora bien, ¿qué sucedió del lado de las organizaciones piqueteras? ¿Qué diagnósticos se realizaron respecto del nuevo gobierno peronista? En realidad, el cambio en las oportunidades políticas, los diagnósticos y sucesivos realineamientos que produjo al interior del espacio piquetero, terminaron por actualizar y poner en evidencia las diferentes matrices ideológicas de los movimientos. En función de ello, hoy podemos distinguir con mayor claridad tres configuraciones mayores: las agrupaciones populistas, las ligadas a los partidos de izquierda y, por último, el espacio de las nuevas izquierdas.

Veamos, en primer lugar, la configuración populista. Desde el comienzo, las diferentes agrupaciones que presentan una matriz populista, sobreestimaron la productividad política del actual gobierno peronista y, en consecuencia, desarrollaron una fuerte expectativa (re)integracionista, apostando a la reconstrucción del estado nacional, desde un nuevo liderazgo, encarnado por el presidente N.Kirchner. Este ala del movimiento, que ha conformado recientemente un Frente piquetero oficialista, se apoya en el nuevo clima ideológico que recorre el continente y alienta la idea de conformar un polo latinoamericano, que incluyen experiencias como la de Chávez en Venezuela, Lula en

¹⁰ En este sentido, resulta revelador el contraste existente entre la política de condena de la violación de los derechos humanos en relación con el terrorismo de Estado de los años '70, y la política de derechos humanos respecto del presente y el pasado reciente.

¹¹ Marina Schifrin fue condenada a tres meses de prisión en suspenso por un corte de ruta realizado en Bariloche, Río Negro, en marzo 1997, en el marco de una protesta realizada por el gremio estatal en contra del recorte del presupuesto educativo.

Brasil, Kirchner en Argentina, próximamente el Frente Amplio en Uruguay y, eventualmente el cocalero Evo Morales en Bolivia.

Lo dicho merece un comentario suplementario. Más allá de las diferencias que en términos de estilo político y objetivos estratégicos existen entre las distintas experiencias latinoamericanas, necesario es decir que las orientaciones del gobierno actual parecen alentar una suerte de "ilusión populista", antes que la efectiva recreación de un supuesto proyecto reintegracionista. No olvidemos que la matriz populista se asienta sobre tres principios o afirmaciones mayores: uno, el principio de la conducción a través del líder (un liderazgo personalista, con fuerte retórica nacionalista), dos, el principio de las bases sociales organizadas (la figura del Pueblo-Nación), tres, la constitución de una coalición interclases, condición para una redistribución de la riqueza más equitativa (el modelo socio-económico integrador). Así, mientras que en la experiencia actual los dos primeros principios están presentes (el líder personalista y las bases sociales organizadas¹²), en la actualidad no existen indicadores acerca de la implementación un nuevo modelo socioeconómico orientado a la distribución equitativa de la riqueza, sino más bien, todo lo contrario. Así, la expectativa reintegracionista de los grupos populistas se encuentran ante un obstáculo mayor, debido a la ausencia de uno de los ejes centrales del modelo al cual adhieren. Esta ausencia aumenta el riesgo de que, efectivamente, las organizaciones de tipo territorial, terminen siendo un mero instrumento del Partido Justicialista (y de sus actuales disputas internas), o simplemente absorbidos y neutralizados por las corrientes más conservadoras y reaccionarias del partido en cuestión, como ha sucedido –y trágicamente- en otros momentos de la historia argentina.

Por el contrario, los grupos ligados a los partidos de izquierda (aunque incluyen una agrupación independiente, de estilo movimientista, como el MDD), subestimaron la productividad política del peronismo, e impulsaron una lectura del gobierno de Kirchner en términos de continuidad con los anteriores ("más de lo mismo"). Las serias dificultades para reconocer el cierre de la situación anterior y el cambio de oportunidades políticas, condujo a que dichas organizaciones actualizaran hasta el paroxismo una estrategia centrada en la movilización callejera, como eje prioritario de la construcción y

¹² Sin embargo, es necesario señalar que no está claro el lugar que ocupan las bases sociales. La experiencia del 2002 dejó la marca del desborde de las masas y la amenaza a la gobernabilidad. Con lo cual la transversalidad tiene ese límite: se quiere contar con masas organizadas, aunque no necesariamente movilizadas, pues éstas pueden llegar a amenazar la "gobernabilidad"

concientización política, cuyas consecuencias a mediano plazo se tomaron negativas tanto en términos de capacidad de presión (hacia el gobierno), como de movilización (el desgaste inevitable de las bases sociales).¹³

Mientras que las dos primeras tendencias dan cuenta de una progresiva "partidización" de las organizaciones dentro del campo piquetero, existe una tercera tendencia, menos visible para los medios de comunicación, más innovadora en términos de prácticas políticas, que ha ido configurando el espacio de las nuevas izquierdas, en el cual podemos ubicar las organizaciones independientes. Ciertamente, este espacio heterogéneo, que incluye organizaciones de larga trayectoria como el MTR, la UTD de Mosconi y los MTDs de la A.Verón, así como las experiencias de otros MTDs (Solano, Guernica, entre otros), comprende un arco ideológico muy amplio que va del guevarismo, la izquierda radical en sus diferentes variantes, hasta las formas más actuales del autonomismo.¹⁴ Pero, más allá de las diferencias que las separan, todas ellas hicieron la opción por los matices, buscando no caer en la trampa de la posición simplificadora frente a la cual los colocaba, una vez más, la productividad histórica del justicialismo. Así, sin renunciar a la movilización ni a la producción de nuevas estrategias de acción,¹⁵ privilegiaron la temporalidad de la problemática barrial, preocupados por la creación de ámbitos de formación política y esferas de producción de nuevas relaciones sociales (el "nuevo poder", el "poder popular" o el "contrapoder", según las diferentes formulaciones), antes que a una desigual contienda política con un gobierno fortalecido por el apoyo de la opinión pública.

Finalmente, en términos de instancias de coordinación, el espacio piquetero tuvo también algunos cambios. Por un lado, el Bloque Piquetero Nacional, aunque debilitado por la salida de varias agrupaciones, continúa núcleando gran parte de la oposición política al gobierno en el seno de la ANT (Asamblea Nacional de Trabajadores). Su

¹³ Desde nuestra perspectiva, la productividad del gobierno de Kirchner ha sido limitada, pues no apunta a una redefinición mayor de los ejes entre economía y sociedad, colocándose en este sentido en peligrosa continuidad con los gobiernos anteriores. Sin embargo, esto no significa que sea exactamente "más de lo mismo", como afirman de manera demasiado apresurada ciertos partidos de izquierda, aunque tampoco sea el portador de un proyecto disruptivo o, en el límite, contrahegemónico, como han querido creer tantos intelectuales y organizaciones progresistas. Hasta dónde el contexto argentino puede tolerar la ausencia de redefiniciones mayores, es algo que muy probablemente aparezca con mayor claridad en el curso del año 2004.

¹⁴. En un próximo trabajo, volveremos sobre este tema.

accionar es acompañado por otras organizaciones piqueteras, entre ellas el MIJD. Por otro lado, surgieron algunas otras instancias de coordinación, entre ellas el Bloque Obrero y Popular, que congrega pequeños grupos a escala local (Futrade, Utedoch, UTP, M26 de junio). Por último, la institucionalización de la FTV y, de manera reciente, la formación de un espacio piquetero oficialista (compuesto además por Barrios de Pie y el MTD Evita, entre otros), se tradujo en la disolución del bloque matancero. Así, mientras que la FTV sufrió una merma considerable en su capacidad de movilización, al tiempo que perdió núcleos provinciales importantes, la CCC –que desde 2003 ya realizaba movilizaciones y piquetes sin la presencia ni apoyo de la FTV- se acercó al Bloque Piquetero Nacional, con el que comenzó a coordinar algunas acciones, a partir de mayo de 2004.

En este sentido es necesario tener en cuenta cuán vertiginosos y dinámicos son los procesos sociales cuando de movimientos sociales se habla, pues si bien el cuadro anterior continúa describiendo una realidad que atraviesa de hecho a gran parte de las organizaciones, no son pocas las que actualmente buscan responder los nuevos problemas y desafíos, a través de la reformulación y extensión de sus plataformas discursivas y reivindicativas. Resulta significativo, por ejemplo, que algunas organizaciones independientes de larga trayectoria –en especial, el MTR, aunque también la UTD de Mosconi y otras agrupaciones independientes- hayan comenzado a promover acciones e iniciativas de alto contenido simbólico y político frente a los distintos poderes del Estado, con el objetivo de desplazar el actual eje del debate, centrando sus exigencias en el cumplimiento de los derechos sociales que figuran en la Constitución Nacional, tanto como en la denuncia de la acción expoliadora y depredadora de las grandes empresas multinacionales¹⁵. Por otro lado, otras organizaciones, como aquellas que componen el Bloque Obrero y Popular- apuntan más bien a ampliar el repertorio de acción, realizando los llamados “piquetes a las ganancias”, esto es, bloqueos a ventanillas o accesos de las

¹⁵ No olvidemos, sin embargo, que en la mayoría de los casos, la “caída” de planes sociales obliga a los grupos a salir nuevamente a las calles. Esta es una restricción estructural que afecta a todos los grupos, independientemente de las estrategias políticas.

¹⁶ Así, el 27 de mayo del corriente año, luego de haber protagonizado un resonante escrache a la sede capitalina de Repsol-YPF, el MTR realizó una importante marcha hacia el Palacio de Justicia, haciendo entrega de una carta que exigía el cumplimiento de los derechos constitucionales. La semana siguiente, dicha organización –junto con uno de los referentes de la UTD de Mosconi- fue recibida por el juez de la Corte, E.Zaffaroni. Entre el 7 y 11 de junio, el colectivo “Alerta Salta”, organizador del Foro de Mosconi, llevó a cabo “La semana contra la criminalización de la protesta social”, cuyo cierre contempló la lectura y entrega de un documento en el Palacio de Justicia y en la Secretaría de DDHH de la Nación. Véanse anexos 7 y 8.

empresas privatizadas (trenes, subterráneo), en reclamo de puestos de trabajo.¹⁷ Por último, las movilizaciones más recientes indican una tendencia a la coordinación, en un escenario político cada vez más enrarecido por la fuerte campaña antipiquetera llevada a cabo por los grandes grupos económicos, representados por la derecha política y sus referentes mediáticos.

En resumen, la reciente emergencia de un espacio piquetero oficialista, conformado por grupos afines al populismo, junto con la separación del bloque matancero y la búsqueda de nuevas estrategias de acción, que apuntan tanto a la coordinación con otros actores sociales, así como a la diversidad de formatos, repertorios y discursos, constituyen las notas más saltante del período que se abre.

4. Mundo comunitario, planes sociales y reproducción del peronismo

"A pesar de haber significado un esfuerzo importante de parte del Estado Nacional por extender prestaciones a un número significativo de personas, el Programa de Jefes y Jefas de Hogar Desocupados posee características que lo toman similar a los programas sociales implementados durante la década del 90. /.../De hecho, el tratamiento que se da a los grupos en situación vulnerable (jefes y jefas de hogar desocupados) se orienta hacia la consolidación de criterios excluyentes. De allí la urgencia en revisar estas líneas de política para iniciar acciones de consolidación de derechos y no de reproducción de beneficiarios/as de programas asistenciales" Informe del Cels, 2003.

"A pesar de la suba del PBI, el Gobierno cree que "hoy es impracticable" una redistribución de la riqueza. El ministro del Interior, Aníbal Fernández, afirmó que la redistribución del ingreso es "el objetivo formal", pero explicó que "no es tan fácil comenzar hoy". Ayer se difundió que la economía creció más de lo esperado: un 8,7% en 2003. Después de la difusión del crecimiento de la economía en 2003, un dato que sorprendió hasta al propio Gobierno, el ministro del Interior, Aníbal Fernández, aseguró que, a pesar de la suba, mejorar actualmente la distribución de la riqueza es "imposible e impracticable". (Clarín on-line, 18/04/2004)

Resulta difícil minimizar el impacto que ha tenido la nueva política social implementada luego de la crisis de 2001/2002 en el empobrecido mundo popular. Recordemos que, a partir de este período, el gobierno nacional lanzó un nuevo programa social, el Plan Jefas y Jefes de Hogar, que en mayo de 2004 alcanzaba, según

¹⁷En gran parte, estos nuevos repertorios han sido retomados por el MJD (R.Castels), aunque desde una perspectiva de corte asistencialista. Para una descripción de los nuevos repertorios de acción, véase la nota de Laura Vales, *Página 12*, 14/06/2004

estimaciones oficiales, a 1.760.000.000 de desocupados¹⁸. Si incluimos el Plan Familias y el PEC (Programa de Emergencia Comunitaria), las cifras llegan a 2.200.000. Es importante señalar que sólo cerca del 10% de los mismos, son directamente controlados por las organizaciones piqueteras, mientras que el grueso depende en mayor o menor medida de las estructuras municipales y punteriles del Partido Justicialista.

Ahora bien, los nuevos planes conllevaron un fortalecimiento de la matriz asistencial del modelo neoliberal, independientemente de su incumplida pretensión universalista.¹⁹ Desde esta perspectiva, uno de los aspectos peligrosos de la actual política social, es que tiende a desdibujar aún más la idea de derechos sociales, a través de una doble vía: por un lado, la entrega de subsidios compensatorios (planes sociales) que, en continuidad con las políticas anteriores, fija su condición de excluidos; por el otro, el otorgamiento de subsidios en favor de la auto-organización de los pobres (emprendimientos productivos).

Recordemos que, en Argentina, el nuevo régimen de acumulación liquidó la estructura salarial (formal e informal, con diferentes niveles de protección social y estabilidad), para ir creando un proletariado marginal, multiforme y heterogéneo, cuya memoria o vestigios de la sociedad anterior es bastante variable, según las generaciones y la diversidad en las trayectorias laborales. Sin embargo, la existencia de un pasado de integración social -independientemente de las interpretaciones que se hagan de él y aunque muy probablemente gran parte de los desocupados nunca hayan sido beneficiarios directos-, pone de manifiesto el hecho de que los derechos han sido efectivamente conculcados. Esta defensa y evocación de los derechos conculcados, presente ya en el origen, pero paulatinamente desdibujados por la política asistencial, explica por qué los desocupados en nuestro país orientan sus reclamos hacia al Estado, y no se limitan exclusivamente al desarrollo de redes de reciprocidad e intercambio dentro del mundo popular, a diferencia de otros países latinoamericanos.

Asimismo, nuestra relativa "especificidad" –vínculos laborales consistentes, escasez de organizaciones comunitarias- dentro del contexto latinoamericano, tuvo también otras consecuencias. Durante un tiempo -entre fines de los '80 y mediados de los '90-, el mundo popular vivió un proceso de descolectivización sin precedentes. Trabajosamente, en medio de la crisis y la desaparición de las instituciones típicas de la sociedad salarial,

¹⁸ Para datos oficiales actualizados, véase www.trabajo.gov.ar.

fueron asomando las nuevas redes y organizaciones de base, estimuladas tanto "desde arriba", como producto de las luchas "desde abajo".

El Partido Justicialista, principal responsable de los cambios mayores operados en la sociedad argentina durante los '90, fue el primero en comprender la naturaleza de los cambios ocurridos en el mundo popular, visibles en la rápida territorialización y pauperización de las clases populares. Ya hemos dicho al inicio de este libro cómo hacia fines de los '80 la estructura política del peronismo se encaminó a reformular la relación con los sectores populares, a través de una acción política más localizada y barrial. En suma, en plena reforma neoliberal, y a través de una política de focalización de la asistencia social, el peronismo pudo garantizar su hegemonía en el mundo popular a partir de la expansión de una densa red de relaciones territoriales orientada a la gestión de las necesidades básicas insatisfechas. Así, el pasaje de la fábrica al barrio, fue consolidándose a partir de la articulación entre políticas sociales focalizadas y organizaciones comunitarias: los primeros ensayos de asistencia alimentaria (impulsada por el gobierno radical y los diferentes gobiernos provinciales, en manos del justicialismo, a fines de los '80), fueron seguidos por una política más sistemática de ayuda social, que incluía la salud y la infancia, entre otros. A mediados de los '90, el ejemplo elocuente fue la creación de una red de "manzaneras", en la provincia de Buenos Aires, que produjo una reorganización de la política en función del mediador barrial.

Esta persistencia del peronismo "desde abajo" fue acompañada de grandes transformaciones. En efecto, durante este período, desde el punto de vista de los sectores populares, el peronismo dejó de ser una contracultura y pasó a expresar una pura lógica de dominación, a través de las multiplicadas formas del clientelismo afectivo. En este sentido, tocaría a las organizaciones de desocupados la tarea de abrir una brecha en ese transformado mundo popular, por fuera del peronismo, tomando posible la emergencia de nuevas formas de contracultura, cuyos ejes serían precisamente la crítica al clientelismo y la afirmación de la dignidad. Finalmente, pese a que el surgimiento de nuevas organizaciones de tipo territorial no llegó a cuestionar la hegemonía del peronismo, entre 1997 y 2002, la relación entre éste y el mundo popular se vio bastante deteriorada.

Ahora bien, durante el gobierno provisorio de Duhalde (2002-2003) y ahora, con Kirchner (2003-), el peronismo retomó la iniciativa en la tarea nada fácil de recomposición

¹⁹ Véase el documento crítico que elaboró el CELS sobre dicho programa social: 2003.

de las relaciones con los sectores populares, con la idea de "recuperar" el espacio perdido en manos de las nuevas organizaciones de tipo territorial. Paradójicamente, la crisis del 2001 otorgó al peronismo una nueva oportunidad histórica, pues le permitió dar un enorme salto a partir de la masificación de los planes asistenciales. No olvidemos que los planes sociales aumentaron de 300 mil o 700 mil (según los gobiernos) a casi dos millones. En este nuevo contexto de masificación, los dispositivos del clientelismo afectivo se potenciaron y, a la vez, se transformaron, asegurando así la posibilidad de la reproducción del peronismo "desde abajo"²⁰. Por esta vía, en un marco de pauperización y crisis inédita, una vez olvidadas la promesa de universalización de los planes, el peronismo apuntó a la relegitimación de su vínculo con los sectores populares.

En resumen, por su carácter masivo, la introducción de este nuevo plan social -en su tipo, el de mayor envergadura en América Latina-, produjo una inflexión importante dentro del mundo comunitario de los pobres urbanos.²¹ Es cierto que, a corto plazo, el objetivo del plan era doble: por un lado, paliar la grave situación de urgencia y necesidad social que atravesaba una parte importante de la población; por el otro, contener la agravación del conflicto social, frente a los reclamos cada vez mayores del conjunto de las organizaciones piqueteras. Desde la perspectiva del gobierno, una de las consecuencias "indeseadas" de esta política era la expansión del volumen de adherentes dentro de las organizaciones piqueteras, a través de la multiplicación de planes y ayuda alimentaria. Sin embargo, a mediano plazo, uno de los objetivos deliberados de esta política de masificación de los planes sociales era recomponer los históricos y deteriorados lazos del Partido Justicialista con los sectores populares.

Sin embargo, la experiencia de la masificación trajo aparejado también un peligro importante para las organizaciones piqueteras. Nos olvidemos que el desarrollo del movimiento piquetero estuvo acompañado por la generalización de la crítica y el cuestionamiento al sistema clientelar peronista. Así, a contracorriente de lo profetizado por

²⁰ Agradecemos los comentarios de Claudio Lozano, quien nos sugirió extender nuestro análisis en términos de "clientelismo afectivo" hasta el presente.

²¹ En la Argentina actual, lo popular está conformado por un sinnúmero de organizaciones que poco tienen que ver con el mundo de los trabajadores urbanos que se extendió entre los años '40 y los '70), y mucho más con el mundo comunitario de los pobres urbanos, como sucede desde hace tiempo en otros países de América Latina. Entre estas organizaciones comunitarias encontramos ONGS, organizaciones religiosas, como Cáritas, comedores, sociedades de fomento; más o menos independientes del poder político; Organizaciones piqueteras, que realizan un intenso trabajo de

voceros de diferentes partidos de izquierda, la emergencia de nuevas organizaciones y prácticas políticas demostró que la resignificación de los planes sociales era posible, lo cual fue un claro signo de que podían eludirse los riesgos de caer en "la trampa asistencialista del Estado". En efecto, los riesgos permanecieron latentes, mientras se profundizaba la distancia entre las organizaciones piqueteras y las formas de representación del peronismo político y sindical. Sin embargo, con la masificación de los planes sociales a partir de 2002, dichos riesgos comenzaron a hacerse manifiestos, a través del nuevo impulso que cobró la figura del mediador. Así, la actual política asistencial conlleva riesgos y distorsiones que afectan no sólo a la tradicional estructura punteril peronista, sino también a las propias organizaciones piqueteras que, sumergidas de lleno en la política asistencial, hoy ven acentuadas su relación de dependencia con respecto al Estado.²²

En fin, no dudamos de que es necesario pensar abiertamente los nuevos desafíos y clivajes que propone la heterogeneidad cada vez mayor del campo piquetero, en un contexto de masificación de la política asistencial. Pero, para poder instalar este debate en la sociedad, primero es necesario cuestionar y revertir esa suerte de sentido común instalado el último año, alimentado tanto por los grandes medios de comunicación como por el gobierno nacional, que estigmatiza el reclamo piquetero, y supone un agravamiento de la política de judicialización del conflicto social. Sólo a partir de la consideración de que se trata de un reclamo legítimo, que involucra los derechos fundamentales de las personas, con metodologías y repertorios propios, podremos entablar esa discusión de fondo que requiere tanto el espacio piquetero como el conjunto de la sociedad argentina.

5- La redefinición del trabajo y la autogestión

"La actividad vital consciente distingue en forma directa al hombre de la actividad vital del animal. Precisamente por eso, y solo por eso, es un ser genérico. Dicho de otro modo, su propia vida es para él un objeto, precisamente porque es un ser genérico. Sólo por ello su actividad es actividad libre. El trabajo alienado trastueca la relación de manera tal, que

gestión comunitaria en los barrios; en fin, organizaciones barriales punteriles, completamente dependientes del PJ.

²² Por otro lado, en los últimos años el crecimiento de las organizaciones piqueteras se asentó también en el trasvasamiento de mediadores barriales o agentes comunitarios anteriormente ligados al partido peronista. En este sentido, la transformación de la cultura clientelar de los mediadores, así como de la perspectiva asistencialista, propia de los "beneficiarios", en nueva práctica política está lejos de ser algo mecánico -y menos aún en un contexto de masificación-, lo cual requiere, ciertamente, una profundización no sólo de la dinámica asamblearia, sino también una definición más clara del horizonte político de las organizaciones.

el hombre, debido a que es un ser consciente, no hace precisamente de su actividad vital, de su esencia, nada más que un medio de su existencia"; C.Marx, Manuscritos de 1844.

Como hemos dicho, a partir de 1996, los piqueteros abrieron una brecha política en el mundo descolectivizado de este proletariado marginal, al crear redes de solidaridad, a partir de la movilización y la auto-organización colectiva. Poco a poco, pese al déficit comunitario, la auto-organización compulsiva de lo social abrió las puertas a nuevas experiencias, asociadas a la autogestión, lugar desde el cual los individuos buscaron volver a pensarse y recrearse como trabajadores y, por ende, reencontrar su dignidad.²³

El punto de partida de esta experiencia de "recolectivización" fue la resignificación de los planes sociales. Esto sucedió a partir de 1999, cuando las organizaciones piqueteras lograron el control directo de los planes sociales, y pudieron orientar así la contraprestación exigida (4 horas diarias de trabajo), hacia el trabajo comunitario en los barrios. A partir de ello, los planes sociales comenzaron a ser tematizados en discusiones que pusieron de relieve la necesidad de redefinir lo que en el nuevo contexto de auto-organización se entiende por trabajo, así como en el alcance de la experiencia de autogestión. En este sentido, no resulta exagerado afirmar que las diferentes posiciones han terminado por reactualizar los clásicos dilemas que en épocas ya lejanas afrontó el movimiento obrero.²⁴

²³ La autogestión encuentra antecedentes recientes en las cooperativas de trabajo que surgieron a lo largo de los años '80 en diferentes puntos del país, y que enfrentaron un marco político y económico crecientemente hostil. Como afirma N.Giarracca (:2003), " dichas cooperativas se propusieron generar unidades autónomas de los partidos políticos y de ese fuerte movimiento de ONG's que surgía, depositando sus esperanzas en las posibilidades de un estado de derecho y por lo tanto democrático. Pero el neoliberalismo a la usanza nacional, no admitió estos modos de pensar la economía./.../A fines de los ochenta las condiciones de posibilidad de estas experiencias se tomaron negativas y comenzó la debacle. La situación económica generada como antesala de las políticas neolibelares del menemismo, la hiperinflación, la falta de crédito, así como el desprestigio infringido a las cooperativas con el caso del Hogar Obrero, mostraron su eficacia destructiva sobre el movimiento. Se sucedieron las quiebras, se cambiaron leyes de funcionamiento y en muchas esferas oficiales del gobierno justicialista recién instalado, la palabra "cooperativa" se convirtió en una idea del pasado que el nuevo modelo dejaría atrás »

²⁴ Recordemos que, en la tradición hegeliano-marxista el trabajo presenta una doble dimensión: por un lado, bajo el régimen capitalista, el trabajo es mercancía, lo cual conlleva a la disociación y extrañamiento del trabajador (el trabajo como forma de alienación y explotación); por otro lado, el trabajo es un medio de realización del hombre. Por ende, la verdadera "reapropiación" de la naturaleza genérica del hombre pasa por desarrollar formas de "trabajo no-explotado" que, como tal, se plantean por fuera del trabajo asalariado. Véase de C. Marx, los *Manuscritos de 1844* (: 1972). Para una visión crítica que ahonda esta tradición, D.Méda (1995)

Dos clivajes mayores recorren estas discusiones. Por la primera, se trata de responder qué es el "trabajo genuino". Para muchos, éste se asimila al trabajo asalariado y reenvía al modelo fordista como ideal, mientras que para otros hay que pensarlo en términos de "trabajo digno", esto es, como "trabajo no explotado", definido por fuera de los límites del trabajo asalariado –sobre todo en un contexto de escasez, precariedad e inestabilidad propio de la etapa actual del régimen capitalista. Sin duda, no sólo la impronta de la sociedad salarial o el imaginario fabril sigue teniendo gran peso, sino que el proceso de descolectivización ha sido tal, que gran parte de los desocupados organizados comprenden el trabajo dentro de la primera opción. Por ello mismo, encontramos muchas organizaciones que avalan esta postura más clásica en torno al trabajo.²⁵ A diferencia de ello, para aquellas otras organizaciones –sobre todo, las independientes o autónomas- que sostienen la importancia y/o la necesidad de recrear un escenario laboral por fuera de la fábrica (en busca de un "trabajo digno"), la consigna del trabajo autogestivo se carga de nuevos registros simbólicos.

El segundo clivaje no es sino una inflexión más reciente de la misma discusión, a saber, cuál es el alcance de la autogestión. Para plantearlo con una pregunta: ¿Es la autogestión solo una forma de paliar transitoriamente la crisis o bien es el punto de partida –modesto por cierto- de un proceso de recreación de las identidades y las relaciones sociales, que marca en el límite, la posibilidad de desarrollo de una nueva economía solidaria? Es cierto que, a raíz del nuevo impulso que han tenido los emprendimientos productivos, aún para las agrupaciones más "obreristas", en el sentido más clásico, la autogestión, como concepto y realidad, deja de estar exclusivamente asociada al control de la producción industrial, para pasar a ser comprendida en el marco del trabajo comunitario. Pero, sin duda, las experiencias asociadas a las fábricas recuperadas que se desarrollan sobre todo desde 2002, han venido a refrendar la opción "obrerista" de la autogestión, como objetivo y horizonte de la reapropiación del trabajo por los trabajadores. Más claro, dentro de esta posición –que sostienen todas las organizaciones ligadas a partidos de izquierda, incluidas la CCC-, el cuestionamiento a una

²⁵ Tal imposibilidad por pensar en trabajo en una nueva situación puede encontrar, por momentos, expresiones desafortunadas. Es en este sentido que deben leerse las declaraciones del máximo dirigente del Polo Obrero, Néstor Pitrola: "Nosotros queremos volver a las fábricas. Le dijimos al Ministro que somos socialistas, que cuestionamos la propiedad privada de los medios de producción, que luchamos por el Estado de los trabajadores, pero que no vamos a esperar la

economía alternativa no es sólo de naturaleza material (factores endógenos y exógenos, que incluyen la precariedad, la falta de insumos, o el apoyo técnico, entre otros), sino sobre todo ideológico.

Una posición diferente presentan los diferentes grupos independientes, quienes apuestan al desarrollo de la autogestión en el marco del trabajo comunitario, lugar desde donde deviene posible –aunque no exclusivo- generar un cambio en las subjetividades y en las relaciones sociales. En una posición intermedia se halla la UTD de Mosconi, que con menos reflexión explícita, combina la evocación del ideal obrerista y salarial, pero incluye fuertemente la autogestión comunitaria.

Ahora bien, una vez dicho esto, es necesario establecer las diferencias que es dable encontrar dentro de las posiciones que reclaman como necesario la autoorganización comunitaria. Primero, hay que tener en cuenta que la mayoría de las organizaciones que sostienen dichos planteos son conscientes no sólo de las numerosas dificultades exógenas sino también de las resistencias internas que plantea la experiencia autogestiva, aún más dentro del marco del trabajo comunitario. No olvidemos que, más allá de contar o no con una experiencia laboral previa, gran parte de las bases sociales sigue considerando que, en definitiva, el único trabajo “genuino” continúa siendo el trabajo asalariado. A su vez, esta convicción aparece reforzada por la naturaleza misma del trabajo comunitario, tan ligado a las necesidades básicas (alimentación), así como a la imposibilidad de obtener un plus o un excedente. Segundo, no todas las agrupaciones independientes que apuntan a la recreación de las relaciones sociales, vía trabajo autogestivo, lo piensan desde el mismo clivaje. Así, resulta claro que para aquellos MTDs consustanciados con una visión cercana al automomismo radical (MTD Solano, Guernica y otros), la reapropiación aparece subsumida y asimilada a la afirmación de autonomía y ésta a su vez, acotada a la autoorganización local y comunitaria. De manera diferente, para el resto de las organizaciones independientes (MTR, MTDs A.Verón y otras agrupaciones), la afirmación de autonomía comunitaria, es menos el punto de llegada que el arranque necesario para la reapropiación del trabajo, entendida ésta en un marco de transformación general de las relaciones sociales. Por ende, la visión a futuro incluye también en casi todos los casos la exigencia de la reapertura de las fábricas.

revolución para volver a trabajar. Queremos volver a que nos explote un capitalista” *La Nación*, “El mero asistencialismo está en decadencia”, 6/04/2004.

En los hechos, la auto-organización colectiva, de tipo comunitario, es actualmente fomentada por el gobierno nacional, que a través del Ministerio de Desarrollo social, ha otorgado una importante cantidad de subsidios a las organizaciones piqueteras, para el desarrollo de emprendimientos productivos. La importancia de esta iniciativa no es menor, pues si su creación responde a las directivas actuales del Banco Mundial, también es cierto que éste se apoya en un reclamo genuino de ciertas organizaciones, así como encuentra antecedentes en la tradición cooperativista argentina.²⁶ Así, para algunas agrupaciones – como las ya mencionadas- que desde el comienzo apostaron fuertemente a la autogestión, esta nueva etapa les permitiría dar un salto cualitativo. Ello, a condición de señalar, una vez más, las dificultades existentes, entre ellas, los efectos que ha tenido la descolectivización en términos de descalificación laboral y desdibujamiento de la cultura, o simplemente, la falta de apoyo técnico²⁷.

En fin, salvo casos excepcionales, estas experiencias de autogestión no plantean la automarginación (la autonomía como separación), ni tampoco el rechazo a la producción de un excedente. Es cierto también que el alcance de estas experiencias depende del tipo de proyectos presentados: mientras que en una gran mayoría se refieren a la ampliación de aquellos preexistentes (por ejemplo, las panaderías comunitarias y las huertas); otros son proyectos “fabriles” (talleres textiles o fabricación de productos alimenticios) y

²⁶ Sabido es que la implementación del modelo neoliberal produjo una desregulación de todas las esferas. Dicha desregulación generó como imperativo la autorregulación, a nivel individual y colectivo. No es extraño entonces que, en este nuevo contexto, la autonomía y la autoorganización se expresaran en la exigencia de “hacerse cargo de uno mismo”. Sin embargo, esta exigencia jamás es independiente de los contextos históricos concretos y los recursos de los actores. Así, se autorregulan y son autónomos aquellos que pueden, esto es, los que tienen recursos materiales y sociales para desenvolverse en un mercado librado a las fuerzas de los capitales. Pero, para aquellos que no cuentan con los recursos para integrarse al mercado, una vez redefinido el rol del Estado, no queda otra alternativa que la auto-organización colectiva. Ese es el discurso que alienta el Banco Mundial. En este sentido, como ya hemos dicho en páginas anteriores, la política en favor de los proyectos productivos responde claramente a una nueva estrategia de control de parte de los organismos internacionales, encabezada por los expertos del Banco Mundial. Sin embargo, es bueno recordar que la realidad nunca discurre linealmente, pues si la demanda de auto-organización es, por un lado, un imperativo impulsado “desde arriba”, con claros objetivos de control social, también ésta ha sido y sigue siendo el resultado de las luchas “desde abajo” (esto es, una expresión de la creación de nuevos lazos sociales a través de la auto-organización colectiva). Pese a las dificultades, estas experiencias de auto-organización han ido abriendo brechas, aunque modestas y precarias, muy importantes en términos subjetivos y políticos. Así, desde una perspectiva más integral, resulta unilateral el argumento que esgrimen diferentes partidos de izquierda, que ponen en cuestión la dimensión “emancipadora” de la autogestión comunitaria, al asociarla exclusivamente a una estrategia de los organismos multilaterales.

²⁷ En muchos casos, nos encontramos ya con la segunda generación de desocupados que no tienen experiencia laboral alguna.

contemplan la generación de ganancias. Así, en algunas organizaciones, estos subsidios han generado discusiones asamblearias acerca de qué hacer con el "excedente", recordando con ello que lo que se hace con "la parte maldita" según G. Bataille (:1967), es lo que diferencia también a una sociedad de otra.

6. Entre la hipótesis miserabilista y la expectativa gradualista

"Los movimientos no son fenómenos residuales del desarrollo o manifestaciones de descontento de categorías marginales. No son sólo el producto de la crisis, los últimos efectos de una sociedad que muere. Por el contrario, son los signos de aquello que está naciendo" A.Melucci (Los movimientos sociales y la democratización de la vida cotidiana")

Desde la publicación de este libro nos han venido planteando una serie de interrogantes y cuestionamientos que apuntan tanto a la naturaleza de la acción como al horizonte político de las organizaciones piqueteras. Algunos de los argumentos más frecuentes provienen de lo que podemos denominar por un lado, la *hipótesis miserabilista* y, por otro, la *expectativa gradualista*.

En primer lugar, digamos que una de las afirmaciones más frecuentes es aquella que subraya el carácter defensivo y reivindicativo de la acción piquetera. Es cierto que las organizaciones piqueteras nacen como una respuesta defensiva frente a los efectos destructivos del modelo neoliberal, en medio de un marco de precariedad e indignancia (la desocupación y el hambre). Pero estas condiciones iniciales no implican necesariamente una suerte de límite ontológico para la política, como señalan algunos invocando el pensamiento de H.Arendt (:1988 y 1996). En realidad, solo aquellos que –desde el punto de vista teórico- adhieren a una visión *miserabilista* de los sectores populares pueden concluir, en desmedro de la complejidad de los procesos sociales, que el destino de un movimiento originado en el mundo de las necesidades básicas insatisfechas sea una suerte de acción defensiva, reivindicativa, que no puede alcanzar la "verdadera" dimensión de la política. Cuanto más, estas condiciones socio-estructurales pueden dar cuenta del alto grado de fragilidad de las construcciones colectivas, de la vulnerabilidad del lazo social solidario en un medio permanentemente atravesado por los llamados al individualismo y las formas del clientelismo. Más aún, la situación de precariedad puede iluminarnos acerca del grado de contingencia de la política, pero ella no puede avalar de ninguna manera un juicio –en realidad, un *a priori*- acerca de su imposibilidad fáctica. Y si de

análisis de la contingencia se trata, es necesario reconocer que nuestro contexto específico no nos ofrece una respuesta única, sencilla y, mucho menos, definitiva. Una vez más, recordemos que no existe *un* movimiento piquetero, sino un conglomerado de movimientos diferentes atravesados por repertorios comunes, pero dotados de estilos de construcción diferentes. En este contexto, es necesario reafirmar que, efectivamente, en determinados espacios y organizaciones, la resistencia ha sido progresivamente acompañada por la generación de nuevas prácticas políticas (la acción directa y el modelo asambleario), cada vez más articuladas con la autogestión comunitaria.

Otro de los argumentos que se han venido esgrimiendo en favor de la hipótesis miserabilista, consiste en señalar los peligros –en términos de consecuencias culturales y políticas- que entraña la dependencia de las organizaciones respecto de los recursos del Estado, a través de los planes sociales. Aquí no sería tanto el límite ontológico como el estigma originario el que nos anticiparía la tragedia. Ciertamente, éste es un riesgo que engloba a todos los movimientos, a partir de la masificación de los planes sociales como estrategia de reforzamiento de la matriz neoliberal. Por otro lado, como hemos dicho, la conciencia de dicho riesgo mantuvo alerta a las organizaciones desde los orígenes mismos de la acción piquetera. En la actualidad, una primera respuesta de los movimientos ha consistido en exigir la universalización de los planes –que la normativa original preveía-, a fin de quitarles parte de su carácter discrecional.²⁸ Sin embargo, la demanda resulta a todas luces insuficiente, pues el plan social no pierde su condición de subsidio compensatorio –suerte de dádiva que otorga el Estado-, en tanto está muy lejos de garantizar un piso mínimo para el ejercicio de los derechos. En este sentido, frente a los límites del Estado (cuya política social apunta a la creación de subsidios compensatorios y genera nuevas dependencias) y los límites del mercado (que no garantiza trabajo para todos, y solo propone trabajo asalariado de carácter precario e inestable), algunos movimientos han comenzado a plantear la opción por una renta básica universal, de un ingreso universal ciudadano; alternativa que permitiría correr el eje del debate, tan

²⁸ La reciente instrumentación (abril de 2004) de una tarjeta magnética para el cobro del subsidio - se está aplicando un plan piloto en tres zonas del país-, así como la posibilidad de obtener un descuento mediante su utilización en locales comerciales habilitados, ha sido presentada por el gobierno como un avance en términos de transparencia. Sin embargo, la medida golpea la economía informal generada al interior del espacio piquetero (que no cuenta con la habilitación magnética). Al mismo tiempo, el impacto de la magnetización sigue siendo limitado, en tanto y en cuanto no vaya acompañada de la universalización, único modo de evitar la discrecionalidad y la eliminación de los mediadores.

enrarecido hoy por la masificación del modelo asistencial y el riesgo de clientelismo y, al mismo tiempo, repensar las bases de una ciudadanía real.²⁹

En fin, otra de las preguntas más frecuentes ha sido la de plantear qué sucedería si en un futuro próximo el país recobrará las claves de la antigua asociación entre crecimiento y generación de empleo. En ese escenario hipotético, ¿quedarían organizaciones piqueteras? O, de manera contundente, ¿permanecería *algo* de todo esta experiencia? Respondamos a dicha cuestión en dos tiempos diferentes.

En primer lugar, en las actuales coordenadas societales, resulta difícil pensar un escenario social caracterizado por el pleno empleo. No sólo porque todo pareciera indicar que la desocupación –así como la precariedad– es uno de los rasgos estructurales del nuevo tipo societal, sino sobre todo por el hecho de que, en esta dirección, los avances del gobierno han sido muy tímidos y lejos están de alimentar altas expectativas de creación de nuevos empleos y menos aún, de dar cuenta de un cambio de rumbo en el modelo económico. Más aún, todo hace pensar que en un escenario cargado de tensiones y confrontaciones entre variados actores económicos y políticos, éste tenderá a fortalecerse “desde abajo”, como lo muestra la actual política social asistencialista, que apunta a la inclusión de los excluidos en tanto excluidos, a la vez que privilegia la recomposición del vínculo del justicialismo con los sectores populares. Todo esto ocurre, en desmedro de una tentativa de innovación política realizada “desde arriba”, cuyo desacierto fundamental ha sido no sólo el de aumentar la esfera de decisionismo y personalismo del ejecutivo, propio de la política de los ´90, sino el de creer que los cambios pueden realizarse dentro de un modelo de sociedad, cuyas limitaciones estructurales y efectos perversos hoy más que nunca están a la vista.

Por eso mismo, quizá habría que preguntarse –a falta de señales políticas y de indicadores económicos de cambio-³⁰ si la *expectativa gradualista* no da cuenta de un obstáculo ideológico mayor, propio de una sociedad cuya historia ha estado asociada a un fuerte imaginario del progreso y la movilidad social. Existiría, por ende, una gran dificultad para aceptar y ajustarse a la nueva situación; una tendencia a minimizar el impacto que

²⁹ Para el tema, véase P.Bergel:2001 y Van der Veen, L. Groot y R. Lo Vuolo:2002 .

³⁰ Los indicadores de junio de 2004 mostraron que el desempleo se mantiene en 19,4% (incluyendo los planes sociales, según cifras del Indec, *Página 12*, 18/04/2004)), pese a la tendencia alcista que registra la actividad económica. Para algunos especialistas, esto estaría indicando el “techo” de un efecto rebote, asegurado por el pasaje a un modelo productivo, más orientado a la sustitución, luego de la devaluación de 2002.

en las últimas décadas han tenido las sucesivas políticas de ajuste y reestructuración neoliberal en la conformación de una sociedad, caracterizada por una dinámica de polarización que combina altos niveles de exclusión social, con una inestabilidad muy intensa dentro de la nueva estructura ocupacional.

En segundo lugar y volviendo entonces al interrogante central, ¿qué efectos tendría sobre las organizaciones piqueteras la configuración de un hipotético escenario social en el cual los desocupados se integraran a la estructura laboral? Resulta razonable pensar que en un cuadro semejante las organizaciones piqueteras perderían centralidad, una gran parte desaparecería, mientras que otras buscarían potenciar el arco de sus alianzas con los trabajadores ocupados. Sin embargo, es altamente probable que en este nuevo e hipotético escenario persistan las marcas que en la subjetividad popular ha venido generando la autoorganización, en lo que respecta tanto a la reconstrucción de las identidades individuales como a la politización de lo social.

7. Las marcas de la globalización: actores, discursos y experiencias

"En la Argentina se ha probado la hipótesis neoliberal basada en la paridad, generando un instrumento para instalar el país en el modelo global, pero sin ninguna garantía. En efecto, esta paridad ha jugado fundamentalmente a favor de la exportación de capitales; en esto entró la Argentina desde el principio. El capital no es más patriótico. Y, efectivamente, el segundo elemento eran los obreros, el proletariado, la multitud. Los argentinos son una población extremadamente avanzada: en los salarios, los deseos... no era posible bloquear la presión ascendente de esta población. Desde este punto de vista los capitalistas han llenado sus vagones de capital, y soñaban que los argentinos debían ser pobres para seguir invirtiendo, pero pobres como hombres, antropológicamente. Que experimentaran la terrible reconversión en una fuerza de trabajo del Tercer Mundo. Que no lo son. Creo que lo increíble de la Argentina es que las cosas han estado hechas, indudablemente, a propósito" T.Negri (Declaraciones del 18/02/2002)

En diferentes contextos y reiteradas oportunidades nos han preguntado acerca de cómo los movimientos piqueteros abordan la problemática de la globalización. En otras ocasiones, las interrogaciones han apuntado a saber si las organizaciones piqueteras pueden ser consideradas *strictu sensu* movimientos anti-globalización. Aún a riesgo de dar un tratamiento incompleto a estos planteos, abordaremos la cuestión desde una perspectiva que pone el acento en la manera cómo los elementos centrales del discurso antiglobalización están presentes en la plataforma discursiva y reivindicativa de las

organizaciones piqueteras, sin descuidar por ello los aspectos irreductibles de la experiencia argentina.

Antes de responder a estas cuestiones, es necesario tener en cuenta que luego de los sucesos de diciembre de 2001, la Argentina se convirtió en una usina de producción de nuevas experiencias de auto-organización, lo cual la llevó a erigirse prontamente en uno de los "laboratorios sociales" más originales de la periferia globalizada. En efecto, mientras las nuevas experiencias parecían multiplicarse vertiginosamente -asambleas barriales, grupos de ahorristas, cooperativas de cartoneros, fábricas gestionadas por sus trabajadores, colectivos contraculturales-, las ya existentes - las agrupaciones piqueteras- cobraban gran visibilidad. Por otro lado, el carácter urbano de las movilizaciones no sólo auguró una rápida conexión con los movimientos antiglobalización, sino que impulsó nuevos aires en el abigarrado paisaje social latinoamericano, dominado casi exclusivamente por movimientos de corte indigenista-campesino (México, Bolivia o aún Brasil). Así, el país que durante años había sido el modelo de conducta y de aplicación ortodoxa de las recetas neoliberales impulsadas por los organismos multilaterales, se convirtió primero en un modelo de desobediencia civil y, con el paso de los meses, en la ilustración de que ese "otro mundo posible" preconizado por tantos activistas antiglobalización, podía asomar en y a través de las más variadas formas de la auto-organización "desde abajo".

Una vez aclarado esto, preguntémosnos entonces acerca de cuáles son los componentes ideológicos mayores de los movimientos antiglobalización. Más allá de las diferencias ideológicas y sociales que caracterizan al heteróclito "movimientos de movimientos", desde Seattle hasta Génova y Washington, ha venido conformándose un discurso antisistémico, crítico respecto de la globalización neoliberal, que reconoce por lo menos tres elementos comunes³¹: crítica a las nuevas estructuras de dominación, surgidas de la transnacionalización de los capitales y las nuevas formas de interdependencia económica; rechazo de la mercantilización creciente de las relaciones sociales, producto de la globalización horizontal; por último, revalorización y defensa de la diversidad cultural. Ciertamente, la manera en cómo éstos principios son comprendidos en sí mismos y se articulan entre sí se halla indisociablemente ligado a las matrices ideológicas y a los estilos de construcción política. Pero, de manera más específica, mientras que la defensa de la diversidad cultural deviene un elemento cada vez más presente en todas las agrupaciones, por encima de las diferencias organizacionales y estratégicas, la manera en cómo están

articulados los dos primeros elementos depende de consideraciones más generales, en las que cobran relevancia tanto la caracterización de los contextos nacionales y regionales, como aquellos referidos al tipo de actor social involucrado.

Así, en lo que respecta a la caracterización de las nuevas formas de dominación, es necesario reconocer que las coordenadas ideológicas de las organizaciones piqueteras reenvían fuertemente a la tradición dependencista de las izquierdas latinoamericanas. Desde esta perspectiva, como lo muestran paradigmáticamente las políticas neoliberales aplicadas en los ´90 en distintos países latinoamericanos, el modelo de acumulación, en su nueva etapa, condujo tanto a un fortalecimiento del rol imperialista de los Estados Unidos como a una (re)potenciación de las relaciones de subordinación entre el centro y la periferia. Así, a diferencia de algunas de las corrientes hoy dominantes dentro del discurso antiglobalización,³² sin negar la presencia de nuevos elementos, las interpretaciones acerca de las condiciones de interdependencia y dominación colocan el énfasis en la continuidad antes que en la ruptura.³³ Ello explica la vuelta de los discursos anti-imperialistas (cuya crítica apunta sobre todo a los Estados Unidos y los organismos multilaterales, y sólo en segundo término, a los grandes grupos económicos transnacionales), acompañados por propuestas de corte nacionalista, que tienden a revalorizar el rol del Estado-nación, en un contexto de saqueo y depredación de los recursos naturales, económicos y sociales. En suma, este énfasis dependencista y anti-imperialista, propio de la tradición latinoamericana, interpela al conjunto de las izquierdas presentes en los movimientos antiglobalización, ellas mismas atravesadas por fuertes clivajes ideológicos.³⁴

³¹ Retomamos libremente la excelente presentación de P.Ceri:2003.

³² Nos referimos a la línea interpretativa propuesta por Hardt y Negri: 2002. Más allá de la vastedad del relato que los autores ofrecen en *Imperio* y, sobre todo, de la riqueza y originalidad de la propuesta en lo que respecta al análisis de las nuevas formas que asumen las subjetividades políticas, es notoria la ausencia de un tratamiento específico acerca de la situación de los países periféricos. Sin embargo, creemos que esta ausencia no puede ser razón suficiente para avalar *ipso facto* el regreso de los enfoques marxistas ortodoxos, tan refractarios a cualquier propuesta de renovación interpretativa acerca de las nuevas formas de movilización social y de los procesos de construcción del sujeto político.

³³ Lo que en lenguaje de P.Ceri significaría privilegiar los mecanismos y formas de la globalización vertical (que tiende a subrayar *la dependencia*), frente a los efectos de la globalización de tipo horizontal (que acentúan *la interdependencia*). Op.cit., p.59-60.

³⁴ Es necesario tener en cuenta que, al interior de los movimientos antiglobalización coexisten perspectivas diferentes, que incluyen tanto a las nuevas formas de la izquierda autonomista como a

Veamos, en segundo lugar, el modo en cómo aparece formulado el otro gran componente ideológico, esto es, la crítica a los nuevos mecanismos y formas de mercantilización de la vida social y personal. Sin embargo, para dar cuenta de ello, y con el objeto de plantear las diferencias con experiencias surgidas en otras latitudes, lo mejor será comenzar haciendo un rodeo, para luego preguntarnos dónde se originó la resistencia al modelo neoliberal en Argentina.

Como es sabido, de manera general el tránsito de una sociedad fordista a una posfordista ha tenido como telón de fondo la desindustrialización y el aumento del desempleo. Retomando los análisis de Esping Andersen (:1993), este pasaje societal fue conformando una nueva estructura socio-ocupacional que, en términos objetivos, aparece cada vez más atravesada por dos nuevos polos del conflicto: en primer lugar, existiría una oposición entre aquellos que están dentro y aquellos que quedan fuera de la estructura ocupacional; en segundo lugar, se producirían nuevas divisiones al interior de la estructura ocupacional, cuya nueva estratificación y jerarquía aparece estrechamente ligada a los servicios. Desde esta perspectiva, habría entonces dos grandes actores que se opondrían al nuevo modelo, con desigual capacidad de acción y diversas modalidades de subjetivación: el trabajador desocupado y el trabajador precarizado.

Ahora bien, a diferencia de los países del primer mundo, donde la resistencia a la globalización neoliberal provino en mayor o menor medida del mundo de los trabajadores precarizados (jóvenes semiocupados, sindicatos combativos), en Argentina ésta tuvo como protagonistas mayores a aquellos sujetos que habían quedado fuera de la estructura ocupacional y que, por ende, habían dejado de ser "trabajadores" en el sentido tradicional del término; aquellos a quienes el nuevo modelo no solo ignoraba sino que condenaba a la invisibilidad social y al sacrificio.³⁵ Si traemos a colación esta diferencia objetiva es para afirmar que nuestra experiencia de resistencia al modelo neoliberal no debe pensarse

las variantes de una izquierda reformista, de tipo neokeynessiana. Menos presente se hallan las izquierdas partidarias, representantes de las distintas formas del marxismo ortodoxo.

³⁵ **Aun si en Argentina la precarización de las formas de trabajo trajo consigo numerosos conflictos y explosiones sociales, los trabajadores precarizados no tuvieron un protagonismo central en la creación de formas de resistencia al modelo neoliberal. Tengase en cuenta que durante la primera mitad de los '90, hubo una sucesión de conflictos provinciales encabezados por los trabajadores del Estado (docentes y empleados públicos). Sin embargo, como hemos analizado en el capítulo I de este libro, hubo una escasa articulación entre estos conflictos, lo cual se debió, entre otras cosas, a los efectos deliberadamente desestructurantes de la política de descentralización encarada por el estado nacional.**

desde el centro de la sociedad, por ejemplo, desde un contexto de cierta "abundancia", como sucedió en Europa durante los años '60 y '70, protagonizada por sectores con niveles importantes de integración social y cultural, que a través de las luchas sociales elevaron los costos de reproducción y el salario social (Hardt y Negri: op.cit.), o desde sectores que, aún desde la "escasez", como en la actualidad, definen su lucha en términos de afirmación, deseo e implicación subjetiva.

En otros términos, es necesario pensar que en Argentina la resistencia al modelo neoliberal no provino entonces de aquellos actores sociales o fuerzas contraculturales que critican hoy la alienación que producen las nuevas modalidades del trabajo asalariado o las multiplicadas formas de mercantilización de las relaciones sociales. En realidad, nuestra experiencia nace en los márgenes, en los límites, en el extremo de la descolectivización masiva, aún si tiene como telón de fondo un importante pasado de integración social. Pero lejos estamos aquí de aquellas situaciones que nos hablan de la resistencia como una expresión del rechazo al régimen disciplinario que imponen las nuevas estructuras del capitalismo contemporáneo. Sin embargo, pese a ello, la experiencia argentina –tanto como los discursos- termina por ser muy ambigua, pues si bien es cierto que aquella nace en el extremo de una descolectivización acelerada y arrastra los vestigios de un pasado de integración (alimentando con ello la esperanza de volver a ser lo que se era, a saber, un "pueblo trabajador"), trae también consigo, de manera incipiente, algunas de las marcas contraculturales de la desinstitucionalización, que expresan de manera paradigmática los jóvenes. Así, estos procesos dan cuenta de la lenta emergencia de un nuevo *ethos militante*, que suele combinar la defensa de la autonomía, el talante anticapitalista y antirrepresivo, con una fuerte aspiración a la democratización de las relaciones sociales, visible en la construcción de estructuras de organización flexibles y antiburocráticas.³⁶

Pero, digámoslo una vez más: la visión que une el rechazo a la globalización horizontal (la manipulación de las identidades y la homogeneización de los estilos de vida) con una perspectiva política antisistémica (ese *otro mundo posible*, que no se concibe desde la reintegración sino desde una transformación global, que incluye, para algunos, la separación y el desarraigo), está lejos de configurar el talante dominante de los

³⁶ Para una lectura acerca de los cambios culturales operados durante los '90 en la juventud de sectores populares y sectores medios empobrecidos, véase el interesante cap.III de Zibechi: 2003.

desocupados que nutren las filas de las organizaciones piqueteras. Más aún y por debajo de los nuevos procesos de subjetivación que se han abierto, dentro de los movimientos piqueteros -como para el caso de los trabajadores de las fábricas recuperadas-, permanentemente reaparece la perplejidad frente a la nueva situación -, así como asoma, una y otra vez, la expectativa (re)integracionista, de la mano de las organizaciones de matriz populista. Ciertamente es que el rechazo a los nuevos dispositivos de mercantilización aparece en las vertientes más contraculturales del movimiento piquetero (organizaciones independientes), cuyos lazos con sectores de las clases medias movilizadas son más notorios. Pero, en rigor, la crítica a las nuevas formas de alienación, ligadas a la manipulación de las identidades individuales y a la difusión de modelos estandarizados de consumo, es un tópico todavía secundario, dado el contexto de descolectivización en el cual se inserta la lucha.³⁷

En resumen, pese a las dificultades vividas a lo largo de 2002 y al posterior cambio del escenario político, la expectativa externa acerca de la experiencia argentina no decayó. Es cierto que en un primer momento, la revuelta argentina proveyó al marco de las luchas globales de nuevos repertorios de acción directa (piquetes, escraches, cacerolazos); herramientas que emergían potenciadas por la experiencia insurreccional de diciembre de 2001. Sin embargo, la Argentina aportó algo más a la construcción incipiente de los movimientos antiglobalización, tan visiblemente marcados por la acción directa, pero con una experiencia más fugaz o episódica de la auto-organización colectiva. Desde nuestra perspectiva, al igual que otras experiencias latinoamericanas (Los sin tierra en Brasil, el zapatismo en México y los diferentes movimientos indígenas en Ecuador y Bolivia), nuestro país contribuyó a otorgar espesor y materialidad, continuidad y persistencia a las otras dimensiones de la acción, tanto en lo que se refiere a la dinámica asamblearia como a la reconstitución del lazo social a través del trabajo comunitario y la apuesta en el desarrollo de una economía social solidaria. Esto se tomó posible a partir de la difusión internacional

En la misma línea, hemos avanzado sobre la convergencia entre proceso asambleario y nueva subjetividad militante en Svampa 2004b.

³⁷ Para ilustrarlo con un ejemplo. Mal podrían los piqueteros argentinos levantar una consigna tal como "El mundo no es una mercancía", como ha sucedido en algunas protestas desarrolladas en países del primer mundo, cuando lo que sucede aquí es que millones de desocupados no son interpelados por el capitalismo en tanto "mercancías": los desocupados no forman parte de "ese mundo", son más bien considerados elementos sobrantes y, en el límite, invisibles o sacrificables, en aras de la reproducción del modelo.

Ahora bien, cuando estos nuevos dispositivos de manipulación asumen una forma más marcadamente política, las diferentes organizaciones suelen incluirlos en sus reclamos (así sucedió con las diferentes protestas realizadas contra el ALCA)

que las diferentes experiencias piqueteras comenzaron a tener desde 2002, a través de su ingreso a los diferentes espacios y redes de intercambio que desarrollan los diferentes grupos y movimientos antiglobalización (asistencia a foros sociales, circuitos de comunicación alternativa, conocimiento directo de las experiencias comunitarias, entre otros).

La movilidad y el intercambio aportaron así nuevos registros experienciales a las agrupaciones piqueteras, algunas de ellas demasiado autocentradas y acotadas al espacio local (en especial, las organizaciones independientes, cuyo carácter territorial es más marcado). En suma, todo ello trajo consigo una mayor apertura a la alteridad, pero también la (re)afirmación de la especificidad local y nacional, tantas veces reprochada y mal comprendida desde aquellos espacios definidos por una vocación más global y contracultural.

* * *

Al igual que los logros efectivamente realizados, las dificultades que atraviesan a las organizaciones piqueteras han revelado ser numerosas y complejas. Pese a que, a lo largo de estas páginas hemos hecho suficiente hincapie en las mismas, no podemos cerrar esta actualización sin volver a recordar algunos de los desafíos que, como verdaderas asignaturas pendientes, recorren e interpelan el espacio piquetero.

Uno de los mayores desafíos se refiere a la necesidad de producir instancias de coordinación política que mitiguen los efectos de la fragmentación del espacio piquetero, en un escenario de cooptación de los movimientos y de fuerte rechazo de la población a la movilización. Sin embargo, a diferencia de épocas anteriores y a la luz de los hechos acaecidos en el último año, es necesario agregar que la coordinación entre los grupos constituye una condición necesaria, pero no suficiente para romper el cerco informativo e interpretativo, y menos aún, el "sentido común negativo" que han contribuido a instalar activamente sectores de derecha, a través de los grandes medios de comunicación, así como el gobierno actual en torno del fenómeno piquetero, en un contexto de creciente criminalización del reclamo. En realidad, la situación actual plantea, más que nunca, la necesidad de innovación política, esto es, de producir nuevos discursos capaces de reformular los ejes de la discusión política y al mismo tiempo, de tender vínculos y puentes con otros sectores sociales, sobre todo con partidos políticos y sindicatos.

Para finalizar, recordemos que en Argentina existen cerca de dos millones trescientos mil desocupados (cinco millones, si se incluye a los subocupados), aunque solo una escasa parte de ellos – unos doscientos mil- están organizados. Sin embargo, pese a que estadísticamente están lejos de representar la mayoría, las organizaciones piqueteras han desarrollado un gran protagonismo social y político. Esa innegable centralidad, tan perturbadora y a la vez tan irritante, viene a decirnos una y otra vez que ninguna sociedad con aspiraciones de integración y de justicia social puede construirse sobre la base de la exclusión de una parte de ella. Como corolario de lo dicho, cabe agregar que en nuestro país pocos movimientos sociales de carácter plebeyo –el peronismo y, en parte, el radicalismo en sus orígenes- han concitado lecturas tan maniqueas, que tienden a actualizar una visión sarmientina de la realidad política. Más aún, pocos movimientos sociales han producido posicionamientos políticos tan ambiguos, recubiertos de una falsa retórica progresista, como aparece de manera ejemplar en aquellas críticas que adhieren sin más a la hipótesis de la “manipulación” de las bases sociales o, de manera supuestamente más elaborada, a una visión miserabilista de los sectores populares. Configurando dos extremos, que van de la mirada clasista a la crítica normativa, una y otra posición contribuyen a aumentar el aislamiento de las organizaciones, afianzan la criminalización del reclamo y, por supuesto, facilitan la posibilidad de una salida represiva.

Es cierto que las organizaciones piqueteras contienen una fuerte presencia de componentes pragmáticos, que por momentos parece vincularlas más a una dinámica acorde a un “movimiento social urbano”, de tipo reivindicativo, que a aquella propia de un movimiento social antagónico, portador de nuevas orientaciones socioculturales o un contraproyecto societal. Sin embargo, pese a ello, a partir de grandes dificultades y en medio de un fuerte aislamiento, de límites coyunturales y/o estructurales, existen numerosos movimientos que en una lucha desigual, día a día, entre la ruta y el barrio, continúan generando prácticas novedosas y disruptivas, nuevas formas de subjetivación y de recreación de los lazos sociales. Todo lo cual nos lleva a reafirmar entonces que no será desde registros unilaterales que comprenderemos y aportaremos al esclarecimiento de una dinámica social tan compleja, sino más bien desde y a partir de la incorporación de la ambivalencia al análisis, suerte de registro de origen que atraviesa tanto la trama profunda como los avatares más visibles y coyunturales de las organizaciones piqueteras.

Buenos Aires, 18 de junio de 2004

Bibliografía citada

- Arendt, H. (1988), *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza.
 -----(1996) *La condición Humana*, Buenos Aires, Paidós.
- Bataille, G. (1967) *La part maudite*, Paris, Minuit.
- Bergel, P. (2001), "Ingreso Mínimo o Renta básica de ciudadanía!", en I Foro Social Mundial, Porot Alegre, enero 2001, Taller/Workshop preparado por *INICIATIVA ARCOIRIS* de Ecología y Sociedad, Buenos Aires, Argentina.
- CELS, (2003^a) *Plan Jefas y jefes: ¿Derecho social o beneficio sin derechos?*, Buenos Aires, mimeo, mayo
 -----(2003b), *El Estado frente a la protesta social, 1996-2002*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- Ceri, P. (2002), « Les transformations du mouvement global », pp. 55-76, in M.Wieviorka, *Un autre monde...*, Paris, Balland.
- ESPING ANDERSEN, G. (1993), "Post-industrial Class Structures: An Analytical Framework", en G. ESPING ANDERSEN (ed.), *Changing Classes. Stratification and Mobility in Post-Industrial Societies*, Londres, Sage.
- Gargarella, R. (2003), "El derecho de resistencia en situaciones de carencia extrema," Buenos Aires, mimeo, 18p,
 -----(2004) "Por qué el fallo que criminaliza la protesta es (jurídicamente) inaceptable", mimeo, 9 p..
- Giarracca, N. (2003), "Relatoría de la mesa: Movimientos Sociales: proyectos y orientaciones", en Seminario "Movimientos sociales emergentes en Argentina", Programa de Democratización de las Relaciones Sociales de la Escuela de Posgrado de la Universidad de San Martín, Buenos Aires.
- Grimson, A. (2004), "Piquetes en la ciénaga. Los bloqueos políticos de los cortes de ruta", en *El Rodaballo*, en prensa.
- Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón, (2003), *Daño y Maxi. Dignidad piquetera*, Buenos Aires, Ediciones 26 de junio.
- Marx, C. (1972) *Manuscritos de 1844*, Buenos Aires Ediciones Estudio.
- Melucci, A. (1988) "Los movimientos sociales y la democratización de la vida cotidiana", mimeo.
- Méda, D. (1995) *El trabajo, un valor en vías de extinción*, Barcelona, Gedisa.

Negri, T. (2002), "Toni Negri sobre la Argentina", 18/02/2002, traducción de E.Sadier,

Siempre, "Plan Jefes y Jefes de Hogar Desocupados. Impacto y características de los beneficiarios", febrero de 2003 (www.siempro.gov.ar)

Svampa, M. (2004^a) "*Relaciones peligrosas. Clases medias, gobierno peronista y organizaciones piqueteras*", en El Rdaballo, invierno de 2004.

----- (2004b), "Nuestro año extraordinario. Política y Movilización durante 2002", en *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva* (compiladores: F.Naishtat, F.Schuster, G.Nardachione y S.Pereyra), Prometeo, en prensa.

Van der Veen, L. Groot y R. Lo Vuolo (edit.) (2002), *La renta básica en la agenda: objetivos y posibilidades del ingreso ciudadano*, Buenos Aires, Miño y Davila-Ciepp.

Zibechi, R. (2003), *Genealogía de la revuelta. Argentina, sociedad en movimiento*, Buenos Aires, Letra Libre.